

a partir de lo que hacemos y de lo que nos sentimos capaces de hacer. Pero sobre todo, Simón Rodríguez pidió a los latinoamericanos ideas, creatividad e inteligencia para construir el tiempo en nombre de un mañana mejor. El arielismo, de muchas formas, retomó ese ideal de Simón Rodríguez y hurgó en la historia latinoamericana descubriendo en ella originalidad, continuidad e inmanencia. Descubrió en la relación del hombre latinoamericano con su tiempo, el signo de la expectativa, la imagen de la esperanza, el emblema de la diferencia.

El diálogo arielista, que se inició a comienzos de este siglo, alcanza nuestros días de fin de milenio cuando voces latinoamericanas, aún con convicción de futuro, dialogan con voces occidentales empeñadas en negar el futuro. Occidente nunca supo dialogar con el otro: monólogo consigo mismo. Soliloquio del conquistador, soberbia de aquél que se cree elegido. Ante el aturdidor monólogo occidental, los latinoamericanos no supimos oponer sino silencio. Silencio o balbuceo admirativo. Silencio o interminable asentimiento. Silencio o bobalición gesto imitador. El discurso arielista extrajo a la América Latina de ese silencio y le dio argumentos para comunicarse con Occidente. Fue retórica de nuestra diferencia; afirmativo orgullo que nos decía que no queríamos ser como los otros ni tampoco ser absorbidos por ellos; mucho menos, imitarlos: éramos sus interlocutores, no su reflejo; éramos un rostro y no una sombra; éramos una voz, no un eco lastimero. El arielismo nos permitió a los latinoamericanos descubrir nuestra voz y nuestro rostro cosmopolitas. Somos «cosmopolitas culturales», ha dicho José Manuel Briceño Guerrero. Nada nos es extraño. Es nuestra prerrogativa entendernos con cualquier cultura. Todas nos son familiares. El arielismo nos recordó y nos recuerda a los latinoamericanos que nuestra vitalidad cultural nunca se apoyó sobre éticas de odio ni sobre el desdén hacia los otros, que nunca fuimos conquistadores ni devastadores; fuimos, eso sí, —y seguimos siéndolo— pueblos con ilusión de tiempo y esperanza de porvenir. El arielismo dijo que era absurdo medir la «validez» de las culturas únicamente en términos de tecnología o nivel material de vida. En este tiempo de vísperas de un nuevo milenio, la evocación del arielismo podría recordarnos a los latinoamericanos que nuestras ambiciones de tiempos por hacer, nuestras edades sin remordimientos, nuestros espacios todavía amplios y todavía libres, podrían dibujar los trazos de un imaginario o compartir con el resto del mundo y, especialmente, con Occidente.

Hoy, la voz de la incompleta modernidad latinoamericana dialoga con la agonizante modernidad occidental. Hoy, la vitalidad de la cultura latinoamericana —lo más auténtico y valioso de nuestra experiencia histórica— sugiere la acción de una espiral avanzando en el esfuerzo sobrehumano de

algunas inteligencias literarias que se propusieron nombrar lo nuevo, escribir lo diferente, instituir memorias, verbalizar ausencias, rescatar ilusiones... Desmesura que recuerda el signo prometeico de nuestras más trascendentes acciones históricas. Signo prometeico, por ejemplo, de César Vallejo que reinventa una lengua y una sintaxis para decir el mundo y al hombre dentro del mundo. La palabra de Vallejo, lacerante y seca, es ceniza del tiempo depositada en su cabeza de peregrino que sufre por la falta de solidaridad entre los hombres. Desmesura prometeica, también, de Pablo Neruda, hacedor de una palabra cósmica que dice lo genésico y lo elemental. La palabra de Neruda está hecha de fuerza y sangre, de savia de todos los árboles y de mar embravecido; su palabra es pasión y amor y hambre de vida con voracidad de cada instante; su palabra es entrega inagotable a todos los sueños y a todos los ideales de todos los hombres. Signo prometeico, desde luego, de Jorge Luis Borges, escritor de una palabra que se impregna de todas las curiosidades y todos los asombros. La palabra de Borges nombra el universo, nombra la cultura universal para decir algunas de las verdades que los hombres, a lo largo de todas las épocas, han pronunciado y han entendido. Por último, palabra prometeica de Octavio Paz que recorre, en alas de libertad y a través de todas las síntesis, los más diversos aprendizajes ante la vida. Desde la poesía, siempre desde la poesía, la palabra de Paz interroga todas las opciones éticas, todas las formas posibles de la moral humana. Signo prometeico, desde luego, de una novela latinoamericana que habla desde lo real y lo maravilloso; que, desde la exuberancia de una realidad nombrada en el exceso y como exceso, describe lo inaprensible, lo abrumador, lo insólito, lo adánico, lo vigoroso, lo espermático. Novela que es descubrimiento de fantasías reales o verdades irreales. Novela que verbaliza al ser latinoamericano: a su acción, a su memoria, a su deseo y a todo cuanto impregne su tiempo y su experiencia irrepetibles... La novela latinoamericana dibuja la fascinante aventura del ser humano conquistando la historia y sobreviviendo en la historia. Describe el vigor de un tiempo original convertido en código totalizador. Muestra el esfuerzo y la voluntad de los autores por entender el tiempo, por interrogarlo interminablemente, sin temor a esa alucinante pluralidad de significados que producen todas las verdaderas, todas las ineludibles respuestas. García Márquez, por ejemplo, con su frondosa palabra, metaforiza los inverosímiles extremos de un universo que es espacio de imposibles. Su palabra es expresión de sorpresa ante lo portentoso y de curiosidad ante lo imposible; es síntesis de siglos de tiempo vivo; es voz del delirio y de las pasiones extremas; es voz de lo irrepetible, de lo extraordinario, de lo nunca dicho.

El diálogo latinoamericano con Occidente se da, hoy, con especial buen pie a través de nuestra literatura. Por ella, a través de ella, Occidente y el

mundo nos escuchan. Nuestros escritores son leídos. Son conocidos. Se los cita. Son inspiradores. Son evocaciones. Son referencias. Foucault comienza su libro fundamental, *Las palabras y las cosas*, apoyándose en una cita de Jorge Luis Borges. Cioran se ha llamado a sí mismo discípulo de Borges. Siempre desde los complejos meandros de una postmodernidad vacilante, Jürgen Habermas dialoga con Octavio Paz. Jean Baudrillard se sirve de epígrafes de Macedonio Fernández para ilustrar el itinerario de alguna de sus obras. Gabriel García Márquez es ya un código universal... Nuestra voz literaria proclama la dignidad y validez de nuestra máscara cultural; proclama, desde luego, eso que dijo Borges en *El tamaño de mi esperanza*: una honda convicción de «de que nuestra raza puede añadirle al mundo una alegría y un descreimiento especiales».

En uno de sus poemas, César Vallejo escribió *Ocidente por Occidente*. Más que a una voluntaria herejía ortográfica, el término aludía a algo muy real y sensible para su mirada de latinoamericano y para su mirada de poeta: Occidente —de múltiples maneras: éticas, históricas, culturales— comenzaba a ser imagen de cuerpo oxidado, círculo de verdades agotadas, tiempo desesperanzadamente encerrado en sí mismo. Quizá, hoy, América Latina, nuestra América, la América cismática y soñadora, la América mestiza del tiempo prometeico, pueda alcanzar a transmitir a un Occidente inmerso en la fatiga de lo circular, un nuevo caudal de vitalidad, de impulso, de expectativa. El agotado tiempo de la modernidad precisa de nuevas formas de fe, de nuevas esperanzas: fe en el futuro, esperanza en la subversión y en la herejía. Quizá sean esos los mejores argumentos del diálogo latinoamericano con Occidente: una apuesta a lo herético dentro del tiempo siempre creciente de las espirales interminables...

Rafael Fauquié

La bolsa de la Medusa

Número 37

1996

REVISTA TRIMESTRAL

A. Lotha, *Del escondido deleite*. **A. Forbes**, *Atrocidades: el progreso de las matanzas de civiles*. **P. Mayayo Bost**, *Violencia y diferencia: las «Massacres» de André Masson*. **J. Misch**, *Mosaico contra reflejo mimético. En torno a los ensayos cinematográficos de S. Kracauer*. **J. A. Ramírez**, *Fragmentos y ruinas de utopía (Textículos de La Habana)*. **E. Ichikawa Morin**, *¿Retornar al diálogo? (sobre la expresión filosófica)*. **M. Perniola**, *Militiae sine malitia*. **D. Hernández Sánchez**, *La creación del instante*. **V. Bozal**, *Caprichos de Francisco de Goya*.

Edita Visor Dis., S. A.

Redacción, administración y suscripciones

C/ Tomás Bretón, 55

Teléfono 468 11 02

28045 MADRID

Precio del ejemplar, 800 pesetas. Precio número doble, 1.600 pesetas.

Suscripción anual (4 números): España, 2.900 pesetas.

Europa, 4.000 pesetas. América, 4.500 pesetas.